

## XII.

El sublime. Su relacion con la belleza. Definicion. La sublimidad de la naturaleza divina y de sus atributos. El sublime en el orden moral y en el mundo visible.

71. Un lirio, el capullo de una rosa, un árbol cargado de fruta, un alegre valle mirado á la luz del sol poniente, son objetos simplemente bellos. Por el contrario cuando despues de una deshecha tormenta, de huracanes y relámpagos y fuerte lluvia, resonando de vez en cuando en lontananza el trueno, resplandece en las movibles alturas sobre oscuros nubarrones el signo de la alianza, el arco iris; ó cuando segun la pintura del poeta

---

Hic portus placida manens quiete,  
Hoc patens unum miseris asylum.  
Non quidquid Tagus aureis arenis  
Donat, aut Hermus rutilante ripa,  
Aut Indus calido propinquus orbi,  
Candidis miscens virides lapillos,  
Illustrant aciem, magisque coecos  
In suas condunt animos tenebras.  
Hoc quidquid placet, excitatque mentes,  
Infimis tellus aluit cavernis  
Splendor quo regitur vigetque coelum,  
Vitat obscuras animae ruinas:  
Hanc quisquis poterit notare lucem,  
Candidos Phoebi radios negabit.

Boetius, de consol. phil. 1. 3. metr. 10.

.... horrificis juxta tonat Aetna ruinis  
Interdumque atram prorumpit at aethera nubem  
Turbine fumantem piceo et candente favilla:  
Attollitque globos flammaram, et sidera lambit.  
Interdum scopulos avulsaque viscera montis  
Erigit eructans, liquefactaque saxa sub auras  
Cum gemitu glomerant, fundoque exestuat imo.

AEN. 3, 568.

el alma experimenta un sentimiento que tiene muy cercano parentesco con el deleite de la belleza: á un espectáculo tal no le llamamos simplemente bello; llamámosle sublime.

Es una escena tiernamente bella la que nos describe Moisés, cuando el patriarca José hallándose entre sus hermanos sin que ellos le conocieran, al oír el magnífico relato de Judá como no pudiera «contenerse más en presencia como estaba de tanta gente: por lo que mandó que todos se retirasen... Y luego prorumpió en llantos á voz en grito, que oyeron los Egipcios y toda la familia de Faraon. En seguida dijo á sus hermanos: Yo soy José. ¿Y vive todavía mi padre?... No temáis ni os desconsoléis por haberme vendido para estas regiones... Y arrojándose sobre el cuello de su hermano Benjamin abrazado con él, echó á llorar, llorando éste igualmente sobre su cuello» (1). Alma verdaderamente bella y amable es la que asimismo muestra este

---

(1) Gen. 45.

santo patriarca cuando despues de la muerte de su padre, como los hermanos de aquel anduviesen temerosos de que José les retornase la injuria que ellos le hicieron, y á causa de este temor le enviassen á decir: «Tu padre antes de morir nos encargó, que te dijésemos estas palabras en su nombre: Ruégote que te olvides de la maldad de tus hermanos, y del pecado, y de la malicia que contra tí usaron. Nosotros tambien te suplicamos que perdones esta maldad á los siervos del Dios de tu padre».—«Oyendo José estas razones prorumpió en llanto. No teneis que temer, les dijo; ¿podemos acaso nosotros resistir á la voluntad de Dios? Vosotros pensásteis hacerme un mal; pero Dios lo convirtió en bien. No temais pues. Y los consoló y habló con palabras blandas y amorosas» (1).

Más si el Espíritu Santo nos hace la descripción en los Hechos de los Apóstoles del primero de los mártires, cuando en el Concilio de los Judíos, ante sus enemigos capitales, acusado de blasfemia por lábios perjuros, fué visto su rostro «como el de un ángel;» si despues que les hubo echado en cara en su contundente respuesta á los hipócritas celadores de la ley muerta su dura obstinacion y su deicidio, le vemos enteramente solo, como cordero entre lobos, en medio de un tropel de rabiosos iracundos sectarios que caen

(1) Gen. 50

con furia sobre él rechinando los dientes; si en esta sazón le vemos mostrar en su fisonomía transfigurada la paz de la eternidad, y con los ojos iluminados vueltos al cielo exclamar: «Estoy viendo ahora los cielos abiertos y al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios» (1); por último, si despues que fué arrojado de la ciudad, le contemplamos hincado de rodillas clamando á Dios por los que le apedreaban: «Señor, no les hagás cargo de este pecado,» y entregando su espíritu luego que así dió su bendición á los matadores; entonces lo que nos deleita no es ya la apacible consideracion y gusto de la belleza; lo que experimentamos no es la suave, serena y á veces tambien juguetona emocion de un contentamiento tranquilo, sino un gozo lleno de unción, una alegría mezclada de admiracion y respeto que en cierto modo le presta un tinte sombrío, no sé que tono imponente. Más brevemente: en el acto de su martirio San Estéban fué una figura sublime.

72. ¿Qué cosa es el sublime? Herder observa con gran verdad (2), que la filosofía griega no ha considerado al sublime como una cosa diferente ó contraria á la belleza, sino que á sus ojos la sublimidad se contiene simplemente en el concepto mismo de la belleza ó bondad. Lo mismo

(1) Hechos de los Apóst. 6. 7.

(2) Kalligone 3.

exactamente puede decirse de los Padres de la Iglesia; y á la verdad tal es el concepto que debemos formarnos del sublime. ¿Hay por ventura algo que no sea bello en dicho Protomártir considerado en su pureza angelical, en su heroico valor, en su fidelidad á Dios hasta el desprecio de la muerte, y en su amor á los que se la hacen sufrir? El que de esto dudase, se pondria en contradiccion con el juicio universal del linaje humano (1), y aun dejaria de poseer el concepto de la belleza, pues no la echaba de ver en la forma más perfecta con que se manifiesta en este mundo. Ahora bien, la misma impresion que deja en nuestra alma la relacion de su prueba y de su martirio, es cabalmente la que nos causa el sublime. ¿Por qué? Por el grado extraordinario de grandeza moral, por la riquísima y arrebatadora corriente de bondad y belleza intrínseca que se manifiesta en el sublime mismo. Me explicaré.

Una cosa es buena en sí misma en cuanto solicita nuestro amor, en cuanto por efecto de este amor nos causa deleite la vista de sus excelencias. El amor propiamente dicho no se dá sin *estima*, esto es, sin la conviccion del mérito intrínseco del objeto amado, sin reconocer las virtudes que le son propias. Como el gozo que nace de la belleza, reposa en el amor propiamente dicho,

(1) V. lo dicho arriba párrafos 2. y 5.

es claro que todo objeto bello, como tal, solicitará siempre nuestra estima, ahora sea esta absoluta, ahora, tratándose de séres impersonales, relativa (1). Mientras que la medida de la bondad intrínseca que percibimos, y por consiguiente la medida de la belleza, no pasan de cierta altura, dicha estima continúa siendo la raíz oculta del amor y del deleite consiguiente, la cual se reduce á reconocer de buena voluntad las partes de la cosa, de cuyo acto no seguimos dándonos cuenta á nosotros mismos, sino solo sentimos la suavidad del deleite al aspecto del objeto que llamamos simplemente bello. Pero si el objeto posee una medida llena de bondad intrínseca; si por razon de sus prendas sobresalientes ocupa un alto rango visiblemente elevado sobre el nivel de la belleza ordinaria; entonces no es ya mera estima lo que sentimos al verle, sino antes crece y se eleva esta siempre á la altura á que se encuentran las prendas estimables, y se convierte en respeto, admiracion, veneracion, sorpresa, reverencia, con cuyos sentimientos se mezcla á veces cierta especie de terror religioso. Junto con estos afectos nace asimismo el amor; porque el alma, «noble por naturaleza y buena por efecto de su nobleza» (1), el alma, criada á imágen del sumo Bien, no puede ménos de tender con su

(1) Anima naturalliter boniformis. V. los n. 34. 29. 45.

amor al bien, donde quiera que se le ofrezca. A este amor, que es vivo, fuerte, á causa de la alta medida de bondad que posee la cosa, aquellos sentimientos de reverencia y admiración que le penetran, que sensiblemente se manifiestan al lado del amor, y que no raras veces lo superan, dánle de necesidad aquel tinte melancólico, aquel sello de santa gravedad, de que antes hablamos. Respeto y amor mezclados en proporciones diferentes segun la diferencia de los objetos que los engendran; respeto y amor compenetrándose íntimamente, dilatando el corazón en profundísimo gozo, enagenándolo en una manera muy subida de deleite: tal es el sentimiento del sublime.

Tenemos pues aquí la relación entre la belleza y la sublimidad, y el concepto de la última. No todo lo bello es sublime; pero todo lo sublime sí es bello: el sublime es «la flor de la bondad, la cumbre de la hermosura» (1); ó mejor, es la belleza misma en su más alto punto de perfección. Y si queremos definirle en términos propios de la escuela diremos: *La sublimidad no es otra cosa que una medida extraordinariamente alta, una plenitud de bondad intrínseca, considerada como principio de un afecto del corazón compuesto de amor y de respeto, por lo cual la cosa*

(1) Τὸ ἄκρον, ἢ ἀκμή, τῆς ἀρετῆς. Herder, Kalligone, 3.

*sublime es para nosotros, si por ventura la contemplamos, la razón de un gozo profundo mezclado de admiración, de un deleite suave, pero grave á un tiempo mismo.*

73. Después de esta definición no puede ser dudoso en dónde hemos de buscar principalmente el sublime: allí hemos de buscarlo donde la belleza consigue su mayor plenitud, allí donde tiene realmente su propia sede.

«El que es» (1), «al Rey de los siglos inmortal invisible» (2) «que habita en una luz inaccesible: á quien ninguno de los hombres ha visto ni tampoco puede ver» (3), al que todas las cosas son «de él, y todas son por él, y todas existen en él» (4), Dios, la belleza esencial, hé aquí también donde al mismo tiempo hemos de contemplar la infinita plenitud del sublime:

«Cante el alabanza, la voz sonora  
La hermosura que alcanza, y la belleza  
De su rostro, la alteza y la admirable  
Santidad adorable de su pura  
Santísima natura» (5).

En este sentido hablando de la belleza de Dios los Padres griegos usaban de la palabra

(1) Ex. III. 14.

(2) I. Tim. 1. 17.

(3) I. Tim. 6. 17.

(4) Rom. 11. 36.

(5) Ps. 95. 6.

μεγαλοπρεπείη, con que significan alta belleza, gloria, magestad.

No ya simplemente bella, sino sublime se muestra tambien toda obra producida no por causas intermedias y subordinadas (*causae secundae*), sino directamente por Dios, y asimismo toda revelacion directa de sus atributos, todo fenómeno en que se patentiza con claridad manifiesta su poder, su sabiduría, la infinidad y eternidad de su ser, su justicia y su amor. Los versículos primero de la Sagrada Escritura: «La tierra estaba empero informe y vacía, y las tinieblas cubrian la superficie del abismo: y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Dijo pues Dios: Sea hecha la luz. Y la luz quedó hecha.» son considerados, y con razon, desde Longino como modelo de sublime. Podrian añadirse á este otros innumerables pasajes del sagrado texto.

«El gran Dios de los Dioses soberano  
Con voz magestuosa  
Hoy á juicio al universo llama,  
Desde donde el sol nace más temprano  
Hasta donde reposa  
Apagando su viva ardiente llama.  
Ya por el horizonte  
Desde el sagrado monte  
De Sion resplandece su hermosura.  
A todos aparece  
La magestad del grande Dios, que ahora  
No callará. Del rayo la luz pura  
En su presencia crece:

Truena la tempestad grande y sonora  
Que en torno lo rodea,  
Y se estremece el orbe y bambolea.  
Llama al cielo y la tierra por testigos  
Del juicio supremo  
Que vá á hacer de su pueblo en este dia.  
Congregad y juntadle sus amigos,  
Del uno al otro extremo  
Del mundo, los que en santa y fiel porfía  
Siempre á su ley devotos  
Ordenaron sus votos  
En sacrificios puros y legales.  
Su justicia severa  
A un tiempo en todo el orbe conocida  
Será por los portentos y señales  
Que en la celeste esfera  
Anuncian á los hombres la venida  
Del Dios terrible y justo,

. . . . . (1)»

Incomparable no ménos por su grandeza que por su sencillez es la narracion siguiente de Moisés:

«Y dijo el Señor á Moisés: ¿Por qué clamas á mí? Dí á los hijos de Israel que marchen. Y tú levanta tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídele, para que los hijos de Israel caminen por en medio de él á pié enjuto. Yo entretanto endureceré el corazon de los Egipcios para que vengan en persecucion vuestra, y seré glorificado en el exterminio de Faraon, y de todo su ejército, y de sus carros y caballerías. Entonces conocerán los Egipcios que yo soy

(1) Salm. 49, 1-8, version de D. Tomás Gonzalez Carvajal.

el Señor, cuando habré hecho servir para mi gloria á Faraon, y sus carros, y á su caballería. En esto alzándose el Angel de Dios, que iba delante del ejército de los Israelitas, se colocó detrás de ellos; y con él juntamente la columna de nube, la cual dejada la delantera, se situó á la espalda, entre el campo de los Egipcios y el de Israel: y la nube era tenebrosa *por la parte que miraba á aquellos*, al paso que *para Israel* hacia clara la noche; de tal manera que no pudieron acercarse los unos á los otros durante todo el tiempo de la noche. Extendiendo pues Moisés la mano sobre el mar, abrióle el Señor por en medio, y soplando toda la noche un viento recio y abrasador, le dejó en seco, y las aguas quedaron divididas. Con lo que los hijos de Israel entraron por medio del mar en seco; teniendo las aguas como por muro á derecha é izquierda. Los Egipcios, siguiendo el alcance, entraron en medio del mar tras ellos, con toda la caballería de Faraon, sus carros y gente de á caballo. Estaba ya para romper el alba; y hé aquí que el Señor, echando una mirada desde la columna de fuego y de nube sobre los escuadrones de los Egipcios, hizo perecer su ejército, y trastornó las ruedas de los carros, los cuales caian precipitados á lo profundo *del mar*. Por lo que dijeron los Egipcios: Huyamos de Israel, pues el Señor pelea por él contra nosotros. Entonces dijo el Señor á Moisés: extiende tu mano sobre el mar, para que se reunan las aguas sobre los Egipcios, sobre sus carros y caballos. Luego que Moisés extendió la mano sobre el mar, se volvió éste á su sitio al rayar el alba; y huyendo los Egipcios, las aguas los sobrecogieron, y el Señor los envolvió en medio de las olas. Así las aguas, vueltas á su curso, sumergieron á los carros y la caballería de todo el ejército de Faraon, que había entrado en el mar en seguimiento de Israel: ni uno siquiera se salvó» (1).

(1) Ex. XIV, XV y siguientes. Véanse los lugares siguientes: Math. 8, 26. («Y levantándose al punto, mandó á los vientos y á la

Klopstok en la Mesiada, y Milton en el Paraiso perdido, representan asimismo la sublime magestad y señorío divinos de un modo feliz. Hé aquí un largo pasaje del segundo. El Arcángel San Rafael, enviado por Dios para avisar al primer hombre, que esté apercibido contra las astucias de Satanás, su enemigo, refiérela la victoria del Hijo de Dios sobre el Angel caído:

«Dijo, y apoyándose en su cetro, se levantó de la derecha de la gloria donde está sentado. Entonces empezaba á brillar en el cielo la mañana del tercer día sagrado. De repente se lanza con el estruendo del torbellino el carro de la divinidad paternal, arrojando espesas llamas, ruedas dentro de ruedas, carro no tirado por nadie, sino animado de un espíritu, con el cual iban cuatro formas como de querubines. Aquellas formas tenían cuatro rostros de aspecto extraordinario: todos sus cuerpos y alas estaban sembrados de ojos que parecían estrellas; las ruedas, que eran de berilo, tenían también ojos, y cuando andaban, despedían fuego por todos lados. Sobre sus cabezas lucía un firmamento de cristal donde se alzaba un trono de zafiro con ambar puro con los colores del arco iris.»

«Cubierto enteramente con la armadura celestial del radiante Urim, obra divinamente trabajada, sube en el carro el Hijo del Altísimo. A su derecha está sentada la victoria con su alas de águila; de su costado penden su arco y su aljaba, llena con tres órdenes de rayos, y un mar de espeso humo, belicosas llamas y terribles centellas le rodean por todas partes. Adelántase acompañado de diez mil santos.»

mar, y se siguió una grande borrasca.») Is. 40, 12-28. Job 38, 3 y sig. Ps. 28, 103, 101, 26 y sig. Habac. 3. Heb. 1.—Toda la Sagrada Escritura es sublime; sólo el que la lea con ánimo disipado y superficial podrá dejar de percibirlo.

El Hijo de Dios habla ahora á sus milicias, y les manda permanecer quedos mientras Él solo pone término al combate. Despues prosigue el poeta:

«Así habló el Hijo, y trocando en airado su apacibe semblante, mostróse tan severo que nadie se atrevió á mirarle; lleno de ira va en busca de sus enemigos. Las cuatro formas despliegan á la vez sus alas estrelladas cubriendo de extensa y formidable sombra el carro de fuego cuyas ruedas crugen con un ruido semejante al de un torrente caudaloso, ó de un numeroso ejército. Sombrío como la noche avanza en derecha contra sus adversarios impíos, y á escepcion del trono de Dios, todo el Empíreo inmóvil se estremece bajo el peso de sus ardientes ruedas. No tarda en llegar al centro del ejército enemigo, y armada su diestra de cien mil rayos, despedidos ante Él, cubren de heridas las almas de los rebeldes. Con la admiracion cesa su resistencia, pierden todo su valor, de sus manos se caen las armas inútiles. Huella el Mesías los yelmos y los cascos y las cabezas de los tronos y poderosos Serafines proster-nados, los cuales deseáran que las montañas permanecieran todavia lanzadas sobre ellos para servirles de abrigo contra su cólera. No ménos tempestuosa parte una nube de flechas de ambos lados de las cuatro formas de cuatro semblantes sembrados de ojos, las cuales arrojan á larga distancia las ruedas vivientes sembradas de una multitud de ojos. Un espíritu dirigia aquellas ruedas, cada uno de sus ojos lanzaba rayos y fulminaba sobre los malditos una funesta llama que marchitaba toda su fuerza, consumia su acostumbrado vigor y los dejaba exánimes, sin aliento, postrados y abatidos. Y eso que el Hijo de Dios no empleó ni la mitad de su fuerza y contuvo el furor de su rayo, porque no fué su intento destruirlos sino espulsarlos del ciezo. Alzó á los que estaban caidos, y huyendo todos en tro-

pel á modo de rebaño de machos cabríos ó como otro ganado tímido, arrojólos de su presencia anonadados, y perseguidos por las furias y el terror hasta los confines señalados por las murallas de cristal del cielo. Ábrese este, vuélvese hácia atrás y deja descubierto por una brecha espantosa el abismo desvastado. A su monstruoso aspecto el horror se apodera de ellos, retroceden; pero un terror más grande les impele hácia adelante y con la cabeza inclinada se arrojan ellos mismos al fondo del precipicio desde la morada de los cielos. La eterna cólera arde en torno suyo en aquel abismo sin fondo. El averno retumbó con aquel estruendo formidable; el infierno vió al cielo desgajándose del cielo, y hubiera huido horrorizado si el inflexible destino no hubiera cimentado harto profundamente sus bases tenebrosas y sujetádole debidamente con fuerte cadena. Cayeron durante nueve dias; rugió el caos confundido y dobló su confusion en su caída al través de su feroz anarquía: ¡tantos fueron los vencidos que en él lanzó aquella derrota horrenda! El infierno, habitacion de los malvados, el infierno donde un fuego inestinguible abrasa, mansion de las penas y tormentos, el infierno abriendo en fin sus grandes fauces los tragó á todos volviendo á cerrarse sobre ellos» (1).

Entre los atributos de Dios cuya representacion intuitivamente clara es sublime, hemos nombrado el amor. No tendríamos para esto razon, si solo se quisiera ver sublimidad en las cosas donde «se manifiesta la infinidad de Dios, su poder, su justicia»; pero realmente por medio del amor, de la misericordia y del perdon se declara por un modo todavia mayor la omnipotencia, la gloria de Aquel que hablando por boca del

(1) El Paraiso perdido, canto 6.